

estos centros obreros de donde provenía la auténtica dirección del sindicato». Desde su momento crepuscular, los Libres tuvieron mala prensa, y fueron descalificados, debido a la eficaz acción propagandística de la CNT y a la izquierda catalana en general, por el común de los historiadores, incluso desde la propia derecha. Además, se les vinculó unilateralmente con el terrorismo sindical, cuando se sabe que el ciclo de violencia laboral de Barcelona comenzó antes de su fundación, aunque posteriormente entraron en la dialéctica de las pistolas.

La segunda gran etapa del Sindicato Libre se desarrolla durante la dictadura del general Primo de Rivera que marcó de forma indeleble a la organización. Es ahora cuando se consolidaron también fuera de Cataluña: en 1924, se fusionaron con los Católicos-Libres del norte de España y fundaron la Confederación Nacional de Sindicatos Libres de España (CNSL), alcanzando en 1929 la cifra de 197.853 afiliados (de los cuales sólo el 50 por ciento provenía ya de Cataluña). En cuanto a un estudio sociológico, cabría dividir en tres grupos a sus componentes: a) los obreros católicos y carlistas que despreciaban la preeminencia de la CNT; b) los obreros llamados «simpatizantes», antiguos afiliados de su organización sindical, se afiliaban en masa al sindicato que consideraban más representativo y con más fuerza de negociación; y c) los obreros sin filiación carlista que desde siempre consideraron al Sindicato Libre «su» sindicato, y que provenían del sector servicios. Pero todos ellos tenían un denominador común: reivindicaban del sindicato los beneficios prácticos tendentes a mejorar sus condiciones de vida. Sin embargo, al final de la presente etapa, se rompió el equilibrio entre «obrerismo» y «productivismo» a favor del segundo, gracias a la vinculación a la fórmula corporativa que quería instituir el régimen de Primo de Rivera. Y a partir de ahí la politización del sindicato fue todo un hecho, perdiendo su legitimidad de origen y convirtiéndose en martillo del régimen liberal hasta el momento de la instauración de la Segunda República.

Finalmente, la tercera gran etapa de los Libres representó su ocaso: después del 14 de abril fueron ilegalizados, perseguidos sus líderes y clausuradas sus oficinas. Había llegado el momento de la venganza para la CNT y las nuevas autoridades republicanas de Cataluña. Sólo a finales del 1934, con el cambio de la tendencia política en el gobierno de la Nación, los Libres recuperaron la legalidad, y en febrero de 1935 comenzaban su última andadura, pero ya en este momento, como señala Winston, «sólo con un gran esfuerzo de imaginación podría verse en los Libres formados durante la República un sindicato propiamente dicho. La CNSL estaba totalmente politizada, era sólo una fachada tras la que se conspiraba contra las fuerzas republicanas y se propugnaban ideas fascistas y ultraderechistas».

En conclusión, la degeneración del sindicalismo de los Libres supuso el fracaso de un modelo sindical de derechas, propiamente obrerista y moderno que pudiera competir en toda España con el modelo sindical de la izquierda social, representado por la UGT, y en Cataluña particularmente por la CNT, durante los difíciles y tortuosos años treinta de la historia de nuestro país.

Guillermo A. Pérez Sánchez (Universidad de Valladolid)

JOSE SIERRA ALVAREZ: *EL OBRERO SOÑADO. —ENSAYO SOBRE EL PATERNALISMO INDUSTRIAL (ASTURIAS, 1860-1917)*, Siglo Veintiuno de España Editores, S.A., Madrid, 1990 (276 pp.)

El libro *El obrero soñado* se presenta al lector en general, y al estudioso de la historia en particular, como un ensayo sobre el «paternalismo industrial» durante el

proceso histórico que denominamos «revolución industrial», y que, para el caso británico, se desarrolló, en su primera fase, entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XIX (1750-1850); por lo que concierne a España —una de sus regiones, Asturias, sirve de ejemplo concreto— el período abarca los años 1860 a 1917, es decir, durante los años centrales y finales de nuestro particular intento de «revolución industrial» fallida. Hemos traído a colación el caso británico y español por razones evidentes: Por lo que respecta al caso británico debido a que todo el fundamento del libro, en su aspecto teórico, se nutre de referencias a la fase más dramática de dicha revolución industrial; y en cuanto a España, ya lo hemos anunciado, porque la región asturiana es el caso concreto al que el presente ensayo se refiere.

La obra en cuestión de José Sierra Alvarez se estructura, formalmente, en tres partes: 1ª. *El paternalismo industrial: entre las disciplinas industriales y las políticas sociales*, en la fábrica —donde se produce un obrero nuevo— y fuera de la fábrica —donde se reproduce dicho obrero nuevo—; 2ª. *La invención del obrero modelo: un programa patronal*, una especie más de regeneracionismo, empresarial en este caso, que trata de modelar un hombre nuevo, al que se quiere lleno de virtudes para que, a su vez, modele una nueva familia, también llena de virtudes, conforme al programa patronal previamente establecido; 3ª. *Del programa a las estrategias: Asturias, 1860-1917*, que, sin embargo, chocará con tres grandes problemas (la llamada trilogía asturiana de este período de industrialización: escaso número de trabajadores, no proletarizados en su mayor parte, y en gran medida todavía autónomos) para su triunfo final, a pesar de la doble estrategia empresarial puesta en marcha: con el salario y la beneficencia como ejes principales.

Metodológicamente hablando su esquema básico se puede reducir a dos partes: Una de ellas, teórica (que englobaría a los apartados 1º y 2º del índice general que ya conocemos); la otra, más práctica (el apartado 3º, que hace mención a Asturias, como ya ha quedado dicho). El gran apartado teórico intenta demostrar la existencia de un programa de largo alcance —ideológico/moralista— elaborado por el primer empresariado capitalista: el «paternalismo industrial». Dicha teoría —que se pretendía intelectualmente perfecta—, a mayor gloria de la burguesía ascendente, debería servir para la *reproducción del proletariado*, social y laboralmente pensado. Todo empezaría en la *fábrica* —elemento esencial del primer momento industrializador—, donde se produciría la habituación del trabajador por medio de las nuevas disciplinas industriales, y continuaría *fuera de la fábrica* y así lograr la domesticación total de obreros y proletarios por medio de las llamadas políticas sociales, a través de programas benéfico—asistenciales. Al mismo tiempo que se producía/reproducía un *productor* químicamente puro hábil, diligente y agradecido, los *explotadores* —ayudados por su teoría infalible— harían de su obrero modelo un hombre nuevo, también modelo: domiciliado, morigerado, buen padre y mejor cristiano; de ahí la importancia concedida, dentro de este grandioso planteamiento teórico, a las condiciones de vida y a la familia: para mejorar aquéllas nada mejor que la puesta en práctica de medidas asistenciales y benéficas, sobre todo las referidas al logro de una vivienda digna vacunada contra los contagiosos vicios del pasado —esto es, aislada y cerrada en sí misma, garantía última del hogar total y ordenado—; y para potenciar el núcleo familiar se creía en la mujer, a quien se devolvería su papel esencial de ama de casa liberándola del trabajo extradoméstico. El triunfo de este planteamiento terminaría con la tan temida «cuestión social»: todo el problema se habría reducido —en caso de existir— a una mera «cuestión familiar», que el hom-

bre/productor nuevo y la mujer/ama de casa nueva sabrían resolver para mayor gloria y satisfacción de su patrón/padre, también nuevo.

El aspecto práctico, por su parte, se nos muestra en la Asturias de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX. La estrategia —conjugación perfecta de teoría y práctica— de los primeros empresarios capitalistas industriales (nuestros «paternalistas» particulares) pretendió, como no podía ser de otra forma, modelar un trabajador nuevo —minero en este caso— (terminando para siempre con el lastre del obrero mixto) y, a partir de ahí, —de su reproducción— conseguir el hombre nuevo —probo operario, buen padre y esposo—. Sin embargo, como ya ha quedado apuntado, estos «capitanes» de la industria local o regional tropezaron con una trilogía de problemas (la escasez de brazos, su autonomía en el obrar— en lo que influye su carácter mixto— y, fundamentado en esto último, no enteramente proletarios) que se demostraron fatalmente indisolubles. Por ello mismo, los ejes de su intervención (en sus cuatro grandes líneas: *mecanización de los procesos de trabajo*; acción reglamentista —*la vigilancia directa*—; *gestión del salario* —directo; y gestión indirecta del salario —las llamadas «obras sociales») no dieron los frutos deseados, resultaron fallidos por las características del medio en que actuaron: «*un mercado de trabajo estrecho, inelástico y desorganizado*, un mercado de trabajo de características preindustriales y precapitalistas». En el caso Asturiano —o español en general—, además, la estrategia del «paternalismo industrial» debió de hacer frente a problemas generados por la contradicción del capital/trabajo, y dedicar todos sus esfuerzos a la *prevención del conflicto*: fue el principio del fin del «edificio paternalista».

Ante la evidencia del fracaso —al que coadyuvó, en esencia, el cambio de ritmo impuesto por la cesura de la primera guerra mundial—, debieron pasar el testigo de la «reproducción social del obrero soñado» al Estado, el nuevo agente de la *burguesía capitalista*, que ya había empezado a actuar en clave *intervencionista* en materia social. Era el final de una era —y de todo un ciclo disciplinario—.

Guillermo A. Pérez Sánchez (Universidad de Valladolid)

MARIANO FERNANDEZ ENGUIA, *LA CARA OCULTA DE LA ESCUELA. EDUCACION Y CAPITALISMO*, Siglo Veintiuno de España Editores, S.A., Madrid, 1990 (228 pp.).

El libro que ahora presentamos, que en la jerga bibliográfica se encuadra en el apartado de educación, nos interesa también, desde un punto de vista histórico. El autor escribe sobre las transformaciones del mundo del trabajo hasta su actual forma histórica —el capitalismo—, ilustrándonos el proceso a partir del caso europeo —con la revolución industrial como paradigma— y de la experiencia colonial —su corolario más perverso, en la línea teórica de V.I. Lenin y su obra, *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo*—. La otra gran parte del libro en cuestión hace referencia a la escuela, no en la línea de Danton, precisamente («Después del pan —decía el revolucionario francés— la instrucción es la primera necesidad del pueblo»), sino en aquella otra según la cual la escuela es la adormedera del pueblo, instrumento del capitalismo para la reproducción de trabajadores dóciles, aunque felices.

Trabajo y educación, en suma, meros agentes —contrarrevolucionarios— del capitalismo. Decíamos que se trata de una obra escrita sobre la educación desde el